

cordad aquella escena de la presentación de Jesús en el templo. (...) La inmensa caridad de María por la humanidad hace que se cumpla, también en Ella, la afirmación de Cristo: *nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos* (Jn 15, 13)” (AD, 287). Es también Santa María, de manera semejante, modelo en el que aprender a vivir todas las virtudes morales, como por ejemplo, la humildad (cfr. C, 507; AD, 96); la obediencia (cfr. ECP, 173); la fortaleza (cfr. C, 508); la sencillez (cfr. C, 510); la santa pureza (cfr. C, 511), etc.

Resumidamente, el camino de nuestra santidad debe mirar siempre a nuestra Madre como a su paradigma. “Somos aún peregrinos, pero Nuestra Madre nos ha precedido y nos señala ya el término del sendero: nos repite que es posible llegar y que, si somos fieles, llegaremos. Porque la Santísima Virgen no sólo es nuestro ejemplo: es auxilio de los cristianos. Y ante nuestra petición *–Monstra te esse Matrem–*, no sabe ni quiere negarse a cuidar de sus hijos con solicitud maternal” (ECP, 177). Nunca deja de acompañarnos: “No estamos solos. –Ni tú ni yo podemos encontrarnos solos. Y menos, si vamos a Jesús por María, pues es una Madre que nunca nos abandonará” (F, 249). Siempre está cercana a nosotros: “Ama a la Señora. Y Ella te obtendrá gracia abundante para vencer en esta lucha cotidiana” (C, 493). Con Ella todo es posible, incluso cuando parece inalcanzable: “Antes, solo, no podías... –Ahora, has acudido a la Señora, y, con Ella, ¡qué fácil!” (C, 513).

Voces relacionadas: María Santísima, Devoción a; Romerías; Sagrada Familia; San José; Santo Rosario (libro); Santuarios y lugares marianos, Peregrinaciones de san Josemaría a.

Bibliografía: Antonio ARANDA, “María Hija predilecta del Padre, en las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer”, *Estudios Marianos*, 66 (2000), pp. 313-342; *Id.*, “La doctrina mariológica de san Josemaría en *Es Cristo que pasa*”, *ScrdeM*, 7 (2010), pp. 317-340; *Id.*,

“La propuesta mariológica de Mons. Álvaro del Portillo”, *ScrTh*, 33 (2001), pp. 193-211; Federico DELCLAUX, *Santa María en los escritos de San Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 2004; Javier ECHEVARRÍA, “El amor a María Santísima en las enseñanzas de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer”, *Palabra*, 156-157 (1978), pp. 341-345; José Luis ILLANES, *El Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo*, Pamplona, EUNSA, 2000; Fernando OCÁRIZ, *Hijos de Dios en Cristo. Introducción a una teología de la participación sobrenatural*, Pamplona, EUNSA, 1972.

Juan Luis BASTERO

MARÍA SANTÍSIMA, DEVOCIÓN A

1. Manifestaciones de la devoción mariana.
2. Coordinadas teológicas de la devoción mariana.

Desde los inicios de la Iglesia, el reconocimiento de su maternidad divina y de su estrecha participación en la vida de Jesucristo y en la obra de la redención, desembocaron en un trato íntimo y confiado con la Virgen María. San Josemaría forma parte de los grandes santos que, a lo largo de siglos, se han unido a esa tradición que constituye parte del acervo de la fe cristiana. La devoción a la Santísima Virgen, que vivió –y que transmitió a los fieles del Opus Dei y a cuantos se alimentan de su predicación–, es una devoción sincera, cálida, cordial, en estrecha relación con los rasgos esenciales del espíritu del Opus Dei, especialmente con la filiación divina, y que se manifestaba en las mil maneras en que se suele manifestar la devoción a la Virgen en la tradición cristiana.

Se trata de una devoción que san Josemaría recibió en su hogar y que fue haciéndose cada vez más profunda, en un continuo *crescendo*. Su devoción era a la vez sentida y doctrinal. Desechó siempre lo que podría calificarse como una piedad *milagrera* y también como una piedad *sentimental*. Insistía en la necesidad de que la devoción a la Virgen fuera recia y estuvie-

se en estrecha dependencia de la fe: “La devoción a la Virgen no es algo blando o poco recio: es consuelo y júbilo que llena el alma, precisamente en la medida en que supone un ejercicio hondo y entero de la fe, que nos hace salir de nosotros mismos y colocar nuestra esperanza en el Señor” (ECP, 143).

1. Manifestaciones de la devoción mariana

Una de las manifestaciones más características de la piedad mariana de san Josemaría está relacionada con lo que fue una constante en su vida: las jaculatorias, esas oraciones breves –“dos o tres expresiones, lanzadas al Señor como saeta, *iaculata*” (ECP, 119)– que contribuyen a mantener un diálogo vivo con Dios a lo largo del día. Entre las jaculatorias a las que acudió –y a las que recomendó acudir– se encuentran muchas de tono mariano. En bastantes ocasiones, están tomadas de la tradición popular (como por ejemplo, la invocación “Dulce Corazón de María, sed la salvación mía!”; que aprendió siendo niño); otras están basadas en la Escritura o compuestas por él: *Sancta Maria sedes sapientiae, ancilla Domini, ora pro nobis!* (¡Santa María, asiento de la sabiduría, esclava del Señor, reza por nosotros!); *Cor Mariae Dulcissimum iter para tutum!* (¡Corazón dulcísimo de María, prepáranos un camino seguro!); *Mater Pulchrae Dilectionis, filios tuos adiuva!* (¡Madre del Amor hermoso, ayuda a tus hijos!), etc. Uno de los puntos de *Forja* resume bien el tono y la hondura con que las empleaba: “Has de sentir la necesidad urgente de verte pequeño, desprovisto de todo, débil. Entonces te arrojarás en el regazo de nuestra Madre del Cielo, con jaculatorias, con miradas de afecto, con prácticas de piedad mariana..., que están en la entraña de tu espíritu filial. –Ella te protegerá” (F, 354).

Junto a esas oraciones breves, empleaba otras muchas oraciones vocales más extensas y diversas costumbres reci-

bidas también –como algunas de las jaculatorias– de la tradición de la piedad cristiana: la costumbre, que aprendió y practicó desde niño, de ofrecer el día a Nuestra Señora (cfr. AD, 296); el santo Rosario, al que dedicó uno de sus primeros libros (*Santo Rosario*, cuya primera versión data de 1932); las letanías lauretanas; el *Angelus* o el *Regina Coeli*; el *Memorare*; las tres avemarías antes de acostarse; el escapulario de la Virgen del Carmen; un saludo a las imágenes de María que encontraba en su caminar por las calles o al realizar algún viaje, o que adornaban las habitaciones de la casa en que vivía; la costumbre de llevar en la cartera una estampa de la Virgen; la celebración del sábado como día dedicado a Nuestra Señora; a la novena a la Inmaculada; la consideración del mes de mayo como mes dedicado a María Santísima. Mencionemos también sus múltiples peregrinaciones y visitas a santuarios o lugares marianos, entre las que podemos destacar las realizadas a Loreto, Einsiedeln, Fátima, Lourdes, Guadalupe o Torreciudad.

Y todo acompañado –o precedido– de ratos de oración, en los que la mente y el corazón se detenían a contemplar la vida de Jesús y la de María, desarrollando, a partir de esa contemplación, un diálogo vivo con Jesús y con su Madre, que es también Madre nuestra y nos acompaña con su amor desde los cielos. “Si buscas a María, encontrarás «necesariamente» a Jesús, y aprenderás –siempre con mayor profundidad– lo que hay en el Corazón de Dios” (F, 661). “¡Madre! –Llámala fuerte, fuerte. –Te escucha, te ve en peligro quizá, y te brinda, tu Madre Santa María, con la gracia de su Hijo, el consuelo de su regazo, la ternura de sus caricias: y te encontrarás reconfortado para la nueva lucha” (C, 516).

San Josemaría consideraba a la Virgen, sin mancha y santísima, como imagen viva y madre de la Iglesia. Y tanto a María como a la Iglesia las veía reflejadas en la Sagrada Familia, a la que siempre consideró, de acuerdo con la expresión difundida

por León XIII, como la *célula madre* de la Iglesia. Le gustaba ir a Jesús acompañado de María y José, y se refirió más de una vez a la Sagrada Familia –siguiendo un uso introducido por Pierre d’Ailly, Jean Gerson y Bernardino de Siena– como *trinidad de la tierra*, desde la que el cristiano, contemplando a Cristo, Dios y hombre, se eleva a la Trinidad del cielo, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Manifestación de su devoción a María Santísima y a san José es el hecho de que quiera unirlos en su nombre, pues –comentaba– “no quiero que los separen: siempre van juntos”. Su nombre de pila era José María, como ocurría con tantos otros en España; pero él quería verlos –escribirlos– siempre unidos: Josemaría.

Desde el comienzo consideró a la Santísima Virgen como Reina del Opus Dei. En los años que precedieron al 2 de octubre de 1928 repitió con la frecuencia la jaculatoria *Domina ut sit, Domina ut videam!* (¡Señora que así sea, Señora que vea!). Conservaba entre sus recuerdos más íntimos el repique de las campanas de la Iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles, en Madrid, cerca de la casa de los Padres Paules, donde se encontraba haciendo su retiro espiritual cuando, el 2 de octubre de 1928, Dios le inspiró el Opus Dei.

Años después, en mayo de 1951, consagró las familias de todos los miembros de la Obra a la Sagrada Familia, y en agosto de ese mismo año consagró el Opus Dei al Corazón Dulcísimo de María, poniendo en manos de la Virgen las dificultades que la Obra encontraba, o pudiera encontrar en el futuro, para el desarrollo de su apostolado. En más de una ocasión manifestó su reconocimiento a Santa María declarando que “nuestro Opus Dei nació y se ha desarrollado bajo el manto de Nuestra Señora”. No es por eso extraño que recomendara a los miembros de la Prelatura y de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz muchas de las devociones y costumbres marianas que se han mencionado, de tal modo que constituyen parte integrante del espíritu de la Obra.

2. Coordenadas teológicas de la devoción mariana

La devoción a María Santísima tiene una honda fundamentación teológica. Así lo han puesto de relieve no sólo muy diversos teólogos y autores espirituales, sino el magisterio de la Iglesia. Así lo hizo también san Josemaría. Uno de los textos más netos se encuentra en una de las homilias incluidas en *Es Cristo que pasa*, publicado en 1973, en momentos en que la Iglesia atravesaba un periodo de tensiones e incluso de crisis, con origen o repercusión doctrinales. “Los que consideran superadas las devociones a la Virgen Santísima –escribe–, dan señales de que han perdido el hondo sentido cristiano que encierran, de que han olvidado la fuente de donde nacen: la fe en la voluntad salvadora de Dios Padre, el amor a Dios Hijo que se hizo realmente hombre y nació de una mujer, la confianza en Dios Espíritu Santo que nos santifica con su gracia. Es Dios quien nos ha dado a María, y no tenemos derecho a rechazarla, sino que hemos de acudir a Ella con amor y con alegría de hijos” (ECP, 142).

Esbozemos, pues, aunque sea someramente, esos principios, motivos o coordenadas teológicas de la devoción mariana:

- a) El principal motivo teológico de esta filial devoción a la Virgen radica en el llamado fundamento o principio fundamental de la mariología: la Maternidad divina de María. Todos los demás principios de la mariología se derivan, a mi entender, del hecho fundamental de que la Virgen es Madre del Verbo Divino. Y también los motivos que mueven a la devoción hacia Ella. Así lo entendía san Josemaría: “La Maternidad divina de María es la raíz de todas las perfecciones y privilegios que la adornan. Por ese título, fue concebida inmaculada y está llena de gracia, es siempre virgen, subió en cuerpo y alma a los cielos, ha sido coronada como Reina de la creación entera, por

- encima de los ángeles y de los santos” (AD, 276).
- b) En la elección divina que sobre Ella había recaído se encuentra a su vez la razón del amor con que siempre correspondió al amor divino. Ambas realidades explican que la Iglesia –y con ella san Josemaría– ponga en boca de Santa María textos del libro de la *Sabiduría* y del *Cantar de los Cantares*, que expresan un amor inefable: “Yo soy la Madre del amor hermoso, del temor, de la ciencia, y de la santa esperanza. Un amor hermoso porque tiene como principio y como fin el mismo Dios tres veces santo, que es principio de la Hermosura, de la Bondad y de su Grandeza” (AD, 227). “Eres toda hermosa, y no hay en ti mancha. –Huerto cerrado, hermana mía, huerto cerrado, fuente sellada” (SR, Quinto Misterio Glorioso).
- c) Este convencimiento le llevaba a recrearse en lo que la piedad cristiana dice de María en las tres avemarías que pueden recitarse antes de las letanías con las que suele concluirse el rezo del Rosario: “Dios te salve, María, hija de Dios Padre: Dios te salve, María, Madre de Dios Hijo: Dios te salve, María, Esposa de Dios Espíritu Santo... ¡Más que tú, sólo Dios!” (C, 496). “Trata a las tres Personas, a Dios Padre, a Dios Hijo, a Dios Espíritu Santo”, escribe en *Forja* añadiendo a continuación: “Para llegar a la Trinidad Beatísima, pasa por María” (F, 543). La devoción a María tiene rasgos trinitarios.
- d) Llegar, pues, de la mano de María hasta la Trinidad, pasando por Jesús. La devoción y el trato con la Virgen Santísima están íntimamente relacionados con el dogma de la unión hipostática, con el hecho de que el Hijo de Dios ha tomado carne en sus entrañas. Ignorar o minusvalorar el trato con María expone, por eso, “a desconocer la hondura de la Encarnación de Cristo”,
- a “ignorar que «el Verbo se hizo carne», hombre, «y habitó en medio de nosotros» (Jn 1,14)” (ECP, 98), ya que fue precisamente en María y por María como el Hijo eterno del Padre se hizo presente en la historia humana. “A Jesús siempre se va y se «vuelve» por María” (C, 495). María es así eslabón principalísimo en la escalada hacia Dios. “Si buscáis a María, encontraréis a Jesús” (ECP, 144), y en Él a la Trinidad entera.
- e) La maternidad divina de María fundamenta su maternidad espiritual, el hecho de que Ella, por la Encarnación y por su fidelidad hasta el pie de la Cruz, es madre de la Iglesia, de todos los cristianos, de la humanidad entera. “Desde el primer momento de la vida de la Iglesia, todos los cristianos que han buscado el amor de Dios, ese amor que nos revela y se hace carne en Jesucristo, se han encontrado con la Virgen, y han experimentado de maneras muy diversas su maternal solitud. La Virgen Santísima puede llamarse con verdad madre de todos los cristianos. San Agustín lo decía con palabras claras: *cooperó con su caridad para que nacieran en la Iglesia los fieles, miembros de aquella cabeza, de la que es efectivamente madre según el cuerpo*” (ECP, 141). Y con el título de Madre la invocan constantemente los cristianos.
- f) La contribución de la Virgen Santísima en la obra redentora de Cristo ha llevado a la Iglesia –y con ella a san Josemaría– a proclamar a María medianera de todas las gracias. “Antes, solo, no podías... –Ahora, has acudido a la Señora, y, con Ella, ¡qué fácil!” (C, 513). “Confía. –Vuelve. –Invoca a la Señora y serás fiel” (C, 514). Y en una de sus homilías: “María, fiel a la misión divina para la que fue criada, se ha prodigado y se prodiga continuamente en servicio de los hombres,

llamados todos a ser hermanos de su Hijo Jesús. Y la Madre de Dios es también realmente, ahora, la Madre de los hombres” (ECP, 40). Más aun, “una madre que no se hace rogar, que incluso se adelanta a nuestras súplicas, porque conoce nuestras necesidades y viene prontamente en nuestra ayuda, demostrando con obras que se acuerda constantemente de sus hijos” (*ibidem*).

- g) La consideración de la maternidad espiritual de María, su condición de madre que cuida de cada uno de sus hijos, unida a la contemplación de su vida sencilla, lleva a comprender con especial hondura lo que fue el núcleo del mensaje de san Josemaría: la proclamación de la llamada a encontrar a Dios, y a darlo a conocer a los demás, en la vida ordinaria, en medio del mundo en el que viven la mayoría de los cristianos, ejerciendo las tareas más diversas. “Desde hace casi treinta años (estas palabras datan de fines de los años cincuenta) ha puesto Dios en mi corazón el ansia de hacer comprender a personas de cualquier estado, de cualquier condición u oficio, esta doctrina: que la vida ordinaria puede ser santa y llena de Dios, que el Señor nos llama a santificar la tarea corriente, porque ahí está también la perfección cristiana. Considerémoslo una vez más, contemplando la vida de María” (ECP, 148; cfr. también, ECP, 172-173).

Podemos terminar evocando la admiración de María ante la divina gracia que se manifiesta en el *Magnificat*. Y señalando que esa admiración, de la que hemos de tomar ejemplo, nos debe llevar a admirarnos ante todos los frutos del amor de Dios, y de modo muy particular ante esa maravilla de gracia que es la Virgen santísima. San Josemaría repitió con frecuencia la oración compuesta por un poeta del Siglo de Oro de la literatura castellana: “¡Bendita sea tu

pureza! / Y eternamente lo sea, / pues todo un Dios se recrea / en tan grandiosa belleza ...”. Repasando su obra encontraremos otras muchas afirmaciones parecidas; limitemonos a una: “Dios Omnipotente, Todopoderoso, Sapientísimo, tenía que escoger a su Madre. ¿Tú, qué habrías hecho, si hubieras tenido que escogerla? Pienso que tú y yo habríamos escogido la que tenemos, llenándola de todas las gracias. Eso hizo Dios. Por tanto, después de la Santísima Trinidad, está María. –Los teólogos establecen un razonamiento lógico de ese cúmulo de gracias, de ese no poder estar sujeta a satanáas: convenía, Dios lo podía hacer, luego lo hizo. Es la gran prueba. La prueba más clara de que Dios rodeó a su Madre de todos los privilegios, desde el primer instante. Y así es: ¡hermosa, y pura, y limpia en alma y cuerpo!” (F, 482; cfr. también ECP, 171).

Así vivió san Josemaría la devoción mariana. Y así la quiso transmitir: “si en algo quiero que me imitéis –comentó muchas veces–, es en el amor que tengo a María Santísima”.

Voces relacionadas: Devoción, devociones; María Santísima; Romerías; Santo Rosario (libro); Santuarios y lugares marianos, Visitas de san Josemaría a.

Bibliografía: C, 492-516; ECP, 139-149, 171-178; SR, *passim*; Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, “La Virgen del Pilar”, en *Libro de Aragón*, Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, Aragón y Rioja, Zaragoza, 1976, pp. 97-103; *Id.*, “Recuerdos del Pilar”, Entrevista realizada por Carlos Bernal, *El Noticiero*, 11-X-1970; Remigius BÄUMER - Leo SCHEFFCZYK (eds.), *Marienlexikon*, II, 1989, p. 401, y “Opus Dei”, en *ibidem*, IV, p. 699 s., St. Ottilien, EOS-Verlag, 1992; Peter BERGLAR, *Opus Dei. Vida y obra del fundador Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 1987, pp. 22-39, 252-255; Javier ECHEVARRÍA, “El amor a María Santísima en las enseñanzas de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer”, *Palabra*, 156-157 (1978), pp. 341-345; *Id.*, *Memoria del Beato Josemaría Escrivá. Entrevista con Salvador Bernal*, Madrid, Rialp, 2000^o, pp. 253-257;

Álvaro DEL PORTILLO, *Una vida para Dios. Reflexiones en torno a la figura de Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 1992.

Germán ROVIRA

MATRIMONIO

1. Valor humano y cristiano del matrimonio.
2. El matrimonio como sacramento y como estado de vida.
3. El matrimonio como vocación.
4. El matrimonio y la apertura a la vida.

Una perspectiva irrenunciable para acercarse a la vida y enseñanzas de san Josemaría es no olvidar nunca que, en su conciencia, estuvo siempre viva la convicción de que su paso por la tierra tenía, como única razón, hacer el Opus Dei, la misión que Dios le había confiado. De ahí que la llamada universal a la santidad –el núcleo del mensaje de la Obra– haya de ser marco de referencia necesario también a la hora exponer el sentido y alcance de sus enseñanzas sobre el sacramento del Matrimonio. Esa óptica ayudará, entre otras cosas, a penetrar en el alcance de la doctrina del matrimonio como vocación divina, y servirá también para advertir el valor humano y sobrenatural de las manifestaciones de amor entre el varón y la mujer en el matrimonio. La llamada universal a la plenitud de la vida cristiana estaría vacía de sentido si no pasara a través de las circunstancias ordinarias en las que se desarrolla el existir de los hombres, cuya inmensa mayoría lo hace en el estado de casados. La vocación humana, con todo el abanico de relaciones que la integran, está intrínsecamente entrelazada con la misma vocación sobrenatural. Ese es el motivo de que “el amor humano y los deberes conyugales [que] son parte de la vocación divina” (CONV, 91) deban ser siempre el principio y la fuerza del existir de los esposos y de la comunidad familiar.

Estos aspectos de la doctrina sobre el matrimonio, sobre los que san Josemaría vuelve una y otra vez, constituyen a la vez el eje en torno al que giran sus enseñanzas referidas a cuanto se relaciona con la vida matrimonial. No cesará de recordar que “el matrimonio es una vocación divina” (CONV, 45), “¡camino divino en la tierra!” (CONV, 91). Por eso los esposos “no han de tener miedo a expresar el cariño: al contrario, porque esa inclinación es la base de su vida familiar” (ECP, 25).

El marco de la llamada universal a la santidad sirve, además, para poner de relieve la novedad que suponían las enseñanzas de san Josemaría sobre el matrimonio como vocación a la plenitud de la vida cristiana, en unos momentos en los que la doctrina de la vocación de todos los cristianos a la santidad todavía no estaba en la conciencia de muchos ni tenía su reflejo en la pastoral. Así lo indica, por ejemplo, la perplejidad que provocaban la doctrina y la espiritualidad promovidas por san Josemaría, a partir de 1928, según testimonian unas palabras de *Camino* escritas por esos años: “¿Te ríes porque te digo que tienes «vocación matrimonial»? –Pues la tienes: así, vocación. Encomiéndate a San Rafael, para que te conduzca castamente hasta el fin del camino, como a Tobías” (C, 27).

1. Valor humano y cristiano del matrimonio

El matrimonio está ordenado por su propia naturaleza a ser cauce de la realización personal de los esposos. A él está ligado además el bien de los hijos y de la sociedad. Y si los casados son bautizados, a esa forma de vida está unida también su santificación personal (en última instancia, su verdadera realización) y, en cuanto origen de la familia cristiana, la edificación de la Iglesia. Sobre el valor humano y sobrenatural del matrimonio son particularmente significativas, por lo que rechazan pero sobre todo por lo que afirman, las palabras pronunciadas en la homilía de la Misa ce-

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.